

motines ó en el polvo del camino, al volver de Varennes. El rey queria que lo viesen en medio de la calma y del amor, porque educaba á su hijo para que amase á aquel pueblo, y no para que vengase las ofensas que de él habia recibido. En su suplicio diario, lo que más le atormentaba no eran sus propias humillaciones, sino la ingratitud del pueblo. Le era aún más duro el que la nacion desconociese el amor que él la profesaba, que el verse perseguido por ella; y un momento sólo en que la opinion pública le hiciese justicia, bastaba para hacerle olvidar dos años de continuados ultrajes.

Aquella noche fué el rey al Teatro Italiano, con la reina, con madama Isabel y con sus hijos. Las esperanzas del dia, sus palabras de por la mañana, sus facciones llenas de bondad y de confianza, la belleza de las dos princesas y la sencilla gracia de los niños, produjeron en los espectadores una de esas impresiones en que se halla mezclada la compasion con el respeto, y en las que el entusiasmo ablanda el corazon hasta el enternecimiento. El teatro resonó con repetidos aplausos, entre los que se distinguian algunos sollozos, y los ojos de todos los circunstantes, vueltos hácia el palco real, parecian querer ofrecer al rey y su familia una muda reparacion de tantos insultos. La multitud no resiste jamás al aspecto de los niños, porque en toda multitud se encuentran madres. El Delfin, niño encantador, estaba sentado en las rodillas de la reina, y absorto al ver accionar á los actores, repetia sencillamente á su madre los gestos que les veia hacer como para que comprendiese la pieza. Esta calma indiferente de la inocencia entre dos tempestades, estos juegos de un niño al pié de un trono que debia convertirse tan pronto en un patíbulo, aquella expansion del corazon de la reina, cerrado por tanto tiempo á todo gozo y á toda seguridad, todo esto hacia asomar las lágrimas á los ojos de los espectadores, y el mismo rey las derramó en abundancia. Hay momentos en las revoluciones en que la turba más irritada se vuelve dulce y misericordiosa; esto sucede cuando deja hablar á la naturaleza y hace enmudecer á la política; cuando en vez de tener el sentimiento de pueblo, tiene sólo el de hombre. Paris tuvo uno de estos momentos, pero fué de corta duracion.

La Asamblea estaba deseosa de apoderarse cuanto ántes de la pasion pública, que un enternecimiento pasajero le arrebatava. Ruborizábase ya de su moderacion de un dia, y trataba de sembrar nuevas sospechas entre el trono y la nacion. Un partido numeroso de su seno queria llevar las cosas al extremo, y apurar la situacion hasta hacerla estallar. Necesitaba este partido mucha agitacion, y la calma no convenia á sus intentos. Habia en él ambiciones elevadas, como los talentos de los que las poseian, ardientes como su juventud, impacientes como su sed de brillar en la situacion. La Asamblea constituyente, compuesta de hombres maduros, de cierta posicion en el Estado y de alguna distincion en la jerarquia social, no habia tenido otra ambicion que la de las ideas de libertad y de gloria; la nueva Asamblea ambicionaba el ruido, la fortuna y el poder. Compuesta de hombres oscuros, pobres y desconocidos, aspiraba á conquistar lo que le faltaba.

Este último partido, del cual era Brissot el publicista, Petion la popularidad, Vergniaud el genio, y los girondinos el cuerpo, se presentaba en la escena con la audacia y la unidad de una conjuracion. Era el paisanaje triunfante, envidioso, inquieto y elocuente, ó la aristocracia del talento, queriendo conquistar y explotar para sí sola la libertad, el poder y el pueblo. La Asamblea se componia, en partes

desiguales, de tres elementos: los constitucionales, partido de la libertad aristocrática y de la monarquía moderada; los girondinos, partido de movimiento continuo hasta que la revolucion viniese á parar á sus manos; los jacobinos, partido del pueblo y de la filosofía en accion. Significaba el primero transaccion y transicion; el segundo, audacia é intriga; el tercero, fanatismo y decision. De estos dos últimos partidos, no era el jacobino el más hostil al rey. Una vez destruida la aristocracia y el clero, no le repugnaba el trono á este partido; poseia en alto grado el instinto de la unidad del poder, y no fué él quien primero pidió la guerra, ni el que pronunció la primera palabra de república; lo que sí fué el primero en pronunciar, y eso con bastante frecuencia, fué la voz dictadura; la palabra república pertenece á Brissot y á los girondinos. Si éstos, á su advenimiento á la Asamblea, se hubiesen unido al partido constitucional para salvar la Constitucion modificándola, y no induciendo á la revolucion á declarar la guerra, hubieran salvado su partido y dominado al trono. La hombría de bien, de que carecia su jefe, faltó tambien en la conducta que siguieron, y la intriga los arruinó arrastrándolos en pos de sí. Ellos se constituyeron en agitadores de una Asamblea cuyos hombres de Estado debian haber sido, y no teniendo la fe de la república, aparentaron tener la conviccion de ella. En las revoluciones, los papeles sinceros son los únicos papeles hábiles. Es muy hermoso morir víctima de su fe, pero es muy triste perecer engañado por la ambicion.

IV

Tres causas de turbacion agitaban los espíritus en el momento en que la Asamblea se encargaba de los negocios: el clero, la emigracion y una guerra inminente.

La Asamblea constituyente habia cometido una gran falta deteniéndose á medio camino en la reforma del clero frances. El mismo Mirabeau habia cedido en esta cuestion. La revolucion no era en el fondo sino la insurreccion legítima de la libertad política contra el despotismo, y de la libertad religiosa contra el dominio legal del catolicismo, convertido en Francia en una especie de institucion política. La Constitucion habia emancipado al ciudadano; era preciso emancipar al fiel, y arrancar las conciencias al Estado, para devolverlas á ellas mismas, á la razon individual y á Dios. Esto es lo que queria la filosofía, que no es más que la expresion racional del genio.

Los filósofos de la Asamblea constituyente retrocedieron ante las dificultades de esta obra; en lugar de una emancipacion, hicieron una transaccion con el poder del clero, que consistia en las influencias terribles de la corte de Roma y los hábitos inveterados del pueblo. Se contentaron con aflojar el lazo que unia al Estado con la Iglesia, y su deber era romperle. El trono estaba encadenado al altar, y ellos quisieron encadenar el altar al trono, lo cual no era más que hacer mudar de sitio á la tiranía, haciendo oprimir la conciencia por la ley, en vez de hacer oprimir á la ley por la conciencia.

La Constitucion civil del clero fué la expresion de esta falsa situacion recíproca. El clero fué despojado de aquellas dotaciones en bienes inalienables que diezaban la propiedad y la poblacion en Francia. Se le quitaron sus beneficios, sus abadías y sus diezmos, que eran los feudos del altar, señalándose en cambio una do-

tacion que debia gravitar sobre los presupuestos, como condicion de este pacto que dejaba al clero funcionario una existencia, una influencia y un personal poderoso de ministros del culto pagados por el Estado, y sólo se le exigió que prestase juramento á la Constitucion. Contenia ésta ciertos artículos que atentaban á la supremacia espiritual y á los privilegios administrativos de la corte de Roma. El catolicismo se alarmó al ver esto, y protestó. Las conciencias padecieron mucho con esta protesta, y la revolucion, que hasta entónces habia sido exclusivamente política, se convirtió en cismática en el concepto de una gran parte del clero y de los fieles. Tanto los obispos como los sacerdotes, se dividieron en opinion, y unos prestaron el juramento civil que les garantizaba su existencia, y los otros se negaron á hacerlo ó se retractaron despues de haberlo prestado. De aquí la turbacion en los espíritus, la agitacion en las conciencias y la division en los templos. La mayor parte de las parroquias tuvieron dos ministros del culto: el uno un sacerdote constitucional asalariado y protegido por el gobierno; el otro un refractario que se negaba á prestar el juramento, y que, privado de sus temporalidades y arrojado de la iglesia, levantaba altar contra altar, en alguna capilla clandestina ó en medio del campo. Estos dos ministros de un mismo culto se excomulgaban recíprocamente: el uno en nombre de la Constitucion, el otro en el del Papa y en el de la Iglesia. La poblacion se unia á cualquiera de los dos, no por iguales partes, sino segun el espíritu más ó ménos revolucionario de la provincia. En las ciudades y en los países afectos al nuevo sistema, el culto constitucional se ejercia casi exclusivamente. En los campos y en los departamentos adictos á las tradiciones de sus mayores, el sacerdote no juramentado se convertia en un tribuno sagrado, que desde el pié del altar ó desde lo alto del púlpito agitaba al pueblo y le inspiraba con el horror al sacerdocio constitucional y cismático el odio al gobierno que lo protegía. Esto no era todavía la persecucion ni la guerra civil, pero eran preludios ciertos de ambas cosas.

El rey habia firmado con repugnancia, y como forzado, la Constitucion civil del clero; pero esto lo habia hecho únicamente como rey, reservándose en esta materia su libertad individual y la fe de su conciencia. Luis era cristiano católico en toda la sencillez del Evangelio y en toda la humildad de la obediencia con respecto á la Iglesia; las reconvencciones que se le habian hecho de Roma por haber ratificado con su debilidad el cisma en Francia, desgarraban su conciencia y agitaban continuamente su espíritu. No habia dejado de negociar oficial ó secretamente con el Papa para obtener de la cabeza de la Iglesia ó una indulgente concesion á las necesidades de la religion en Francia, ó una prudente contemporizacion. Sólo á este precio podia volver á hallar la paz de su alma. Roma no habia podido concederle sino su compasion. Unas bulas fulminantes circulaban entre los sacerdotes no juramentados, en las que se anatematizaba á las principales cabezas de los pueblos, y únicamente se detenian al pié del trono. El rey temblaba, sin embargo, creyendo verlas caer de un momento á otro sobre su cabeza.

Conocia, por otra parte, que la revolucion no le perdonaria que la sacrificase á sus escrúpulos religiosos. Colocado entre las amenazas del cielo y las del pueblo, trataba de diferir con todas sus fuerzas las condenaciones de Roma y las resoluciones de la Asamblea. La Constituyente habia comprendido esta ansiedad de la conciencia del rey y los peligros de la persecucion. Así es que habia dado tiempo

al rey y longanimidad á las conciencias, y no habia tocado á la fe del simple fiel. Todo el mundo tenia libertad para orar con el sacerdote que mejor le pareciese. El rey era el primero que habia hecho uso de esta libertad cerrando su capilla de las Tullerías al clero constitucional, y la eleccion de su confesor indicaba suficientemente la eleccion de su conciencia. El hombre protestaba en él contra las necesidades políticas á que tenia que satisfacer como rey. Los girondinos querian obligarle á pronunciarse. Si accedia á lo que éstos solicitaban, perdía en su dignidad, y si se resistia, perdía lo poco que le quedaba de popularidad. Obligarle á decidirse era un beneficio para los girondinos.

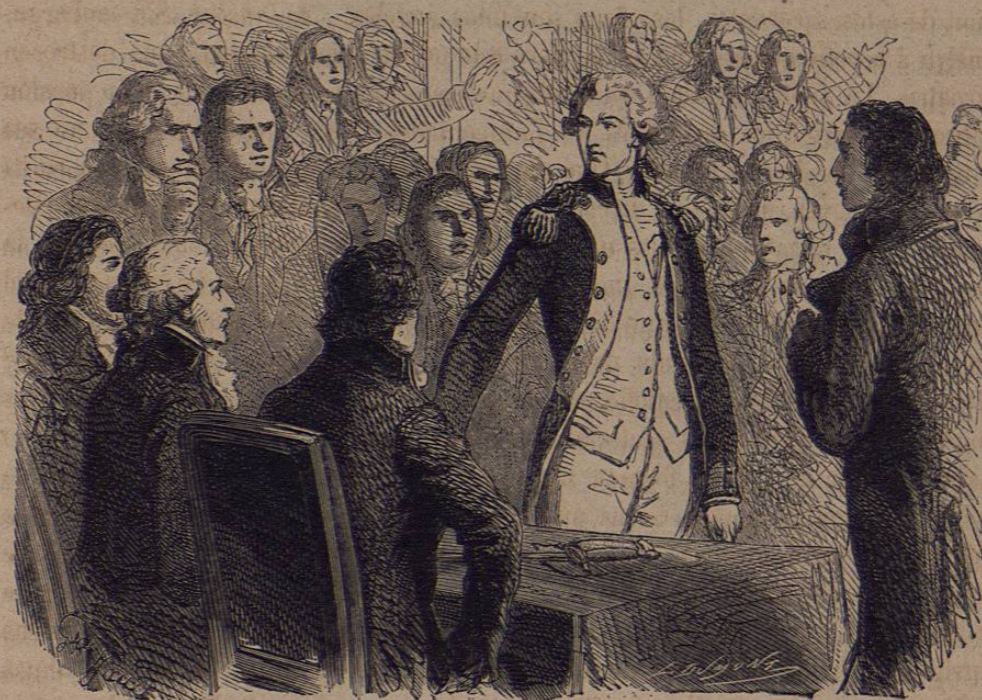
La pasion pública servia á sus intentos. Los disturbios religiosos empezaron á tomar un carácter político. En la antigua Bretaña miraba el pueblo con horror á los sacerdotes juramentados, cuyas oraciones se tenian por maldiciones, y todo el mundo huía de estar en contacto con ellos, manteniendo los sacerdotes refractarios todo el pueblo á su obediencia. Véanse reuniones de muchos miles de almas que seguian el domingo á su antiguo pastor, y que iban á buscar, en capillas distantes á veces dos y tres leguas de los pueblos, ó en ermitas situadas en la cima de los montes, un santuario que no se hallase profanado por las ceremonias del culto constitucional. En Caen habia corrido la sangre en la misma catedral, en donde el sacerdote refractario disputaba el altar al sacerdote juramentado. Iguales desórdenes amenazaban á todo el reino, porque todos los rebaños se hallaban divididos y en todos habia dos pastores. Del odio se pasó al insulto, y de aquí debia pasarse bien pronto al derramamiento de sangre. Una mitad del pueblo, inquieta por su fe, se decidió por la aristocracia, porque creía que conservándose ésta se conservaria tambien el culto venerando que habia recibido de sus mayores. La Asamblea podia muy bien perder por esta causa el elemento popular que la habia hecho triunfar del trono, y era preciso proveer á este inesperado peligro.

Dos solos medios habia de extinguir este incendio desde sus principios: ó una libertad de conciencia sostenida fuertemente por el poder ejecutivo, ó una persecucion contra los ministros del antiguo culto. Indecisa la Asamblea, fluctuaba entre estos dos partidos. Por fin se abrió una discusion sobre este particular con presencia de un informe de Gallois y de Gensonné, enviados como comisarios civiles á los departamentos del Oeste para que estudiasen allí el espíritu del pueblo y las causas que le hacian agitarse. Fauchet, sacerdote juramentado y célebre predicador, que fué despues obispo constitucional de Calvados, fué el primero que tomó la palabra. Era éste uno de aquellos hombres que bajo el hábito eclesiástico ocultan un corazón de filósofo. Estos hombres, innovadores por espíritu y sacerdotes por su estado, sintiendo la contradiccion profunda que hay entre su opinion y su carácter, creían que una religion nacional y un cristianismo revolucionario era el único medio que les quedaba de conciliar sus intereses con su política. Su fe, enteramente académica, no era más que una comodidad religiosa. Querian estos hombres transformar insensiblemente el catolicismo en un código de moral, en que el dogma no fuese más que un símbolo que contuviese verdades santas para el pueblo, y que, despojado paulatinamente de las funciones sagradas, hiciese pasar insensiblemente el espíritu humano á un deísmo simbólico, cuyo único templo sería el púlpito y cuyo Cristo no sería más que un Platon divinizado. Fauchet tenia el espíritu atrevido de un sectario y la intrepidez de un hombre de revolucion.

«Se nos acusa—dijo—de que queremos perseguir; es una calumnia, y no existe semejante persecucion. El fanatismo tiene afección por ella, la verdadera religion la rechaza, la filosofía la mira con horror; guardémosnos de encarcelar á los refractarios, de desterrarlos y aún de removerlos. Que piensen, que digan y que escriban cuanto quieran contra nosotros. A sus pensamientos opondrémos los nuestros, á sus errores nuestras verdades, á su odio nuestra caridad; y el tiempo hará lo demas. Pero mientras llega nuestro infalible triunfo, es preciso hallar un medio eficaz y pronto para impedirles que subleven los espíritus débiles y que prediquen la contrarrevolucion. ¡La contrarrevolucion! Esta no es una religion, señores. El fanatismo no es compatible con la libertad. Ved á sus ministros, que quisieran nadar en la sangre de sus compatriotas: éstas son sus mismas expresiones. En comparacion de estos sacerdotes, los ateos son unos ángeles. (*Aplausos*). Sin embargo, vuelvo á repetir que los toleremos, pero que no les paguemos para que destruyan la patria. La única medida á que debemos ceñirnos es á suprimir toda pensión sobre el Tesoro á los sacerdotes no juramentados. Nada se les debe que no sea á título de servir á la Iglesia. ¿Qué servicio es el que prestan? Invocan la ruina de nuestras leyes, en lo cual dicen que siguen lo que les dicta su conciencia. ¿Debemos pagar unas conciencias que se arrojan á los mayores crímenes contra la nacion? La nacion los tolera, ¿no es cierto? Invocan estos hombres en su favor el artículo de la Constitucion que dice: «Los sueldos de los ministros del culto católico forman parte de la deuda nacional». ¿Son ellos ministros del culto católico? ¿Reconoce el Estado otro catolicismo que el suyo? Si quieren practicar otro, libres son de hacerlo ellos y sus sectarios. La nacion permite todos los cultos, pero no paga más que uno. Gran fortuna sería para ella el ahorrarse treinta millones de renta que paga totalmente á sus más implacables enemigos. ¿De qué sirven esas falanges de sacerdotes que han abjurado su ministerio, de qué esas legiones de canónigos y de monjes, esas cohortes de abades, de priores y de beneficiados de toda especie, que no siendo notables en otros tiempos sino por su inutilidad, sus intrigas y su vida licenciosa, no lo son hoy sino por su furor, por sus continuas infamaciones y por su cólera implacable contra la revolucion? ¿Por qué hemos de pagar este ejército de la esclavitud con los fondos de la nacion? ¿Qué es lo que hacen para que se les pague? Predican la emigracion, exportan el numerario y fomentan las conjuraciones interiores y exteriores contra nosotros. «Id,—les dicen á los nobles,—continúa vuestros ataques con el extranjero, y nade todo en sangre con tal que nosotros recobremos nuestros privilegios.» ¡Hé aquí su Iglesia! Si el infierno tuviese una sobre la tierra, éste es el lenguaje que usaria. ¿Quién será suficientemente osado para decir que debemos darles subsidios?»

Torné, obispo constitucional de Bourges, respondió á este discurso como hubiese respondido Fenelon á Bossuet. Demostró que en lo que acababa de decir su adversario habia tambien mucho fanatismo y crueldad. «Se os proponen remedios violentos para unos males que la ira no puede ménos de envenenar, y se trata de que condeneis á morir de hambre á una gran parte de nuestros hermanos no juramentados. Los errores simplemente religiosos deben ser extraños al legislador. Los sacerdotes no son culpables, están alucinados, y cuando el ojo de la ley cae sobre los errores de la conciencia, los empeora en vez de mejorarlos; el mejor medio de curarlos es el no verlos. Castigar con el hambre unos errores simples é ino-

centes, sería un oprobio en legislacion y un horror en moral. El legislador deja á Dios el cuidado de vengar su gloria si la cree violada por un culto indecoroso. ¿Quisiérais establecer una nueva inquisicion en nombre de la intolerancia, inquisicion que ni aún tendria como la otra la excusa del fanatismo? ¡Y qué, señores! ¿Transformareis en proscriptores arbitrarios á los fundadores de la libertad? ¿Juzgareis, desterrareis y encarcelareis en masa á unos hombres entre los cuales, si hay algunos culpables, hay todavía muchos inocentes? ¿No son ya los crímenes individuales, y se hace uno culpable sólo por su categoría? Pero aún cuando todos fuesen igualmente culpables, ¿tendriais la crueldad de herir á la vez esa multitud de cabezas, cuando en casos análogos, los déspotas más crueles se han contentado



Lafayette entrega el mando de la guardia nacional al Consejo general del Comun.—Pág. 203.

con diezmarlas? ¿Qué os resta, pues, que hacer? Una sola cosa, ser consecuentes, y fundar por la tolerancia la libertad práctica, la existencia pacífica de los diferentes cultos. ¿Por qué no gozarian nuestros cofrades de la facultad de adorar á nuestro lado al mismo Dios que nosotros, en tanto que en las mismas ciudades en que les negáramos el derecho de celebrar los santos misterios, permitiríamos á los paganos que celebrasen los de Isis y de Osiris, al mahometano que invocase á su profeta, y al rabino que ofreciese sus holocaustos? ¿Hasta dónde, me direis, ha de ir á parar esa extraña tolerancia? Tambien yo os diré: ¿hasta dónde llevareis vosotros la arbitrariedad y la persecucion? Cuando la ley haya arreglado las relaciones entre los actos civiles del nacimiento, del matrimonio y de los entierros, y los actos religiosos por los cuales los consagra el cristianismo, cuando la ley permita el mismo sacrificio sobre los dos altares, ¿por qué inconsecuencia no habia de permitir ésta que corriese tambien allí la virtud de los mismos sacramentos? Estos templos, se me dirá, serán los conciliábulos de los facciosos. Sí, lo serán en efecto

si son clandestinos, como los perseguidores quisieran hacerlos; pero si estos templos permanecen abiertos y libres, el ojo de la ley penetrará allí como en todas partes, no para vigilar la fe, sino al crimen, caso que llegase á verificarse. ¿Qué es, pues, lo que teméis? El porvenir es vuestro, y esa clase de sacerdotes no juramentados se extinguirá por sí misma. Cualquier culto pagado por los individuos particulares y no por el Estado, tiende á debilitarse constantemente, ó al ménos las facciones que anima en un principio la divinidad de las creencias, se dulcifican y se reconcilian con la libertad. Ved, si no, la Alemania, mirad esa Virginia, en donde unos cultos opuestos se prestan mutuamente los templos y en donde las diferentes sectas fraternizan en un mismo patriotismo. Hé ahí á lo que debemos aspirar, éstos son los principios en que debemos imbuir gradualmente al pueblo. La luz debe ser el gran precursor de la ley. Dejemos para el despotismo el que prepare á sus esclavos por medio de la ignorancia á recibir de rodillas sus mandatos.»

Ducos, jóven generoso del partido girondino, en quien el entusiasmo de la honradez podia más que todas las tendencias de partido, pidió que se imprimiese este discurso. Los aplausos y los murmullos sofocaron su voz, y dieron una prueba de la indecision y de la parcialidad de los espíritus.

Fauchet volvió á tomar la palabra en la siguiente sesion, y demostró la connexion que habia entre los disturbios civiles y las contiendas religiosas. «Los sacerdotes—dijo—son unos tiranos destronados, que tienen aún en la direccion de las conciencias los hilos mal rotos de su poder. Son una faccion irritada y no desarmada, y por consiguiente, la más peligrosa de todas las facciones.»

Gensonné habló como hombre de Estado, y aconsejó la tolerancia con los sacerdotes concienzudos y pacíficos al mismo tiempo, así como una represion severa pero legal contra los que fuesen perturbadores. Durante esta discusion, los correos que llegaban de los departamentos traian cada dia noticias de nuevos desórdenes. Los sacerdotes constitucionales eran insultados, arrojados de los pueblos, y aún asesinados al mismo pié de los altares. Las iglesias rurales, mandadas cerrar por orden de la Asamblea nacional, se abrian á hachazos, y los sacerdotes refractarios volvian á apoderarse de ellas, impulsados y conducidos allí por el fanatismo del pueblo. Tres ciudades estaban sitiadas y á punto de ser incendiadas por los habitantes de las campiñas, y la guerra civil, amenazadora ya, parecia preludiar la contrarevolucion. «¡Hé ahí—exclamó Isnard—adónde os conducen la tolerancia y la impunidad que os predicán!»

Isnard, diputado por la Provenza, era hijo de un perfumista de Grasse. Su padre le habia educado para que siguiese la carrera literaria, en vez de dedicarle al comercio, y él habia estudiado la política en la antigüedad griega y romana. Tenia un alma de Graco, y en su corazon y en el acento de su voz habia todo el valor de aquél. Muy jóven todavía, hervia su elocuencia como su sangre, y su palabra no era sino el fuego de la pasion, al que daba colorido una imaginacion ardiente como los países del Mediodía. Su lenguaje era tan seguido como las pulsaciones rápidas de la impaciencia, y en sus arranques se veia personificado todo el entusiasmo revolucionario. La Asamblea le seguia jadeando, y llegaba á ponerse furiosa como él antes de haberse convencido ni haber reflexionado en lo que aquel hombre iba diciendo. Sus discursos eran unas magníficas odas, que poetizaban toda la discusion y que producian un entusiasmo muy semejante á una convulsion. Sus gestos



ISNARD.